

Cómo desplegar el carisma político con el método Miguel Ángel



Tiempo de lectura: 5 min.

[Daniel Eskibel](#)

Mar, 19/06/2018 - 16:44

Cuenta la leyenda que cierta vez le preguntaron al maravilloso escultor Miguel Ángel cómo hacía para crear tanta belleza.

— En realidad no soy yo quien la crea —respondió Miguel Ángel. La escultura ya está presente, escondida dentro del bloque de piedra. Mi único trabajo es quitar lo que

sobra.

¡Quitar lo que sobra!

El concepto es atinado en todos los terrenos, inclusive en el campo de la estrategia política.

Miguel Ángel no fue un estratega y nunca se refirió al carisma político, claro está. Pero su método creativo ilumina un problema estratégico de las campañas políticas: la falta de atractivo popular que a veces tiene la personalidad del candidato.

Cuando la personalidad del candidato es un problema

Algunos candidatos políticos tienen una personalidad que conecta inmediatamente con amplios segmentos de electores. Habitualmente decimos que ese candidato tiene carisma político.

La palabra carisma hunde sus raíces en el mundo religioso. Designa un don concedido por Dios solo a algunas personas y que redundaba en beneficio de la comunidad. En el recorrido de la palabra por el mundo castellano hace referencia a una virtud natural que surge espontáneamente en algunas personas. Una virtud que permite agradar, atraer, seducir y encantar a las demás personas.

Al final del día esa virtud del carisma reside en la personalidad.

Una personalidad que facilita el liderazgo político en la medida que se manifiesta espontáneamente y despierta simpatías y reacciones emocionales favorables.

Como los votantes votan personas y no solo ideas, entonces la personalidad del candidato pasa a ser un factor altamente relevante de la decisión de voto.

Para muchos candidatos eso es bueno: su personalidad carismática les allana buena parte del camino. Entonces rápidamente se convierten en populares y no paran de ganar adhesiones entre el electorado.

Pero otros políticos no lo logran.

Su personalidad no cautiva, no conecta, no mueve las emociones y no facilita el liderazgo.

Entonces decimos que no es carismático.

Esa falta de carisma se convierte rápidamente en un problema para una campaña electoral, lo mismo que para la aprobación de un gobierno o para la simpatía hacia un partido político. Se convierte, en suma, en una traba para el liderazgo político.

La solución tradicional ante la falta de carisma político

Planteado el problema de la falta de carisma, surge de inmediato una solución tradicional que en realidad es una presunta solución, apenas un camino sin salida. Me refiero a la producción de cambios externos en el candidato, un camino que parece prometedor pero que al final no conduce a nada.

Es así que el candidato es sujeto de una “intervención”: le cambian el modo de vestir, le bombardean con pautas estrictas sobre cómo tiene que actuar y hablar, le prescriben nuevos comportamientos y actitudes, le impulsan a mostrarse diferente a como es realmente y le empujan hacia una nueva identidad pública.

Quieren inventarle un carisma que no tiene y el resultado es el fracaso.

¿Por qué fracasa esta receta tradicional tan habitual? Pues básicamente por dos razones:

El candidato se siente incómodo intentando aparentar lo que no es. El candidato es el principal activo de una campaña, y si se siente mal en su rol entonces toda su eficacia disminuye y termina perjudicando involuntariamente a su propia campaña.

Los votantes se dan cuenta, perciben la impostura. Tal vez no lo hagan conscientemente, pero simplemente ven esa impostura y sienten que algo anda mal y que el candidato no es auténtico.

La receta tradicional, pues, indica transformar exteriormente al político y hacerlo aparentar lo que no es. Pero la propia incomodidad psicológica del político sumada a la percepción espontánea de la gente dinamitan la receta y la hacen volar en mil pedazos.

Es así que la campaña, intentando resolver el problema de la falta de carisma político de su candidato, termina destruyéndose a sí misma.

Y después de tanto esfuerzo todo sigue igual.

Pero aún: todo empeora.

Debería quedar claro de una vez por todas: el liderazgo político no es creado por el marketing político. El carisma político tampoco.

Que no, que no lo es.

Que hay otro camino, otra solución para el mismo problema.

Solución psicológica: el método Miguel Ángel

Lo llamo “el método Miguel Ángel”. Y consiste, justamente, en descubrir la escultura dentro del bloque de piedra.

O sea: descubrir en la propia personalidad del candidato el rasgo psicológico real que será la base de su conexión con los posibles votantes.

¿Cómo lo haces? Siguiendo los siguientes pasos:

Le aplicas al candidato el Inventario de Personalidad conocido como Big Five. Son 132 preguntas y cada una de ellas es en realidad una frase que la persona debe calificar de 1 a 5 en función del grado de coincidencia que tenga con ella. Su aplicación demanda apenas una hora o poco más.

Evalúas las respuestas hasta aislar cuál de los cinco grandes rasgos de personalidad es el dominante en el candidato (emocionalidad, amabilidad, apertura, meticulosidad o extraversión).

Informas al candidato sobre las características de ese rasgo para que sea consciente del mismo y comience a mostrarlo abiertamente en todas sus apariciones públicas.

Pones en valor ese rasgo dominante al convertirlo en protagonista principal de todas las piezas comunicacionales de la campaña.

Este camino es mucho más efectivo que la endeble receta tradicional porque mejora el desempeño del candidato en la campaña ya que se siente él mismo y además mejora la conexión con los votantes ya que lo perciben como una persona auténtica.

Del personaje a la persona

En suma: muchas veces la personalidad del candidato es un problema para su liderazgo, pero con frecuencia el remedio tradicional que se aconseja resulta peor que la enfermedad.

El problema no se resuelve agregando a la personalidad del político una impostura, algo que parece muy bueno pero que no es real. La solución está lejos del maquillaje, del disimulo y de la pretensión imposible de cambiar su personalidad.

La solución está dentro mismo del candidato, allí donde vas a encontrar su rasgo dominante de personalidad. Ese rasgo, convertido en un vector esencial de la comunicación, será el único camino efectivo.

No se trata de inventar un carisma político que no se tiene. Se trata de resaltar lo que sí se tiene. Porque solo desde la autenticidad puede el candidato conectar con la gente, atraerla y liderarla. Esa autenticidad, asumida y puesta en valor, es uno de los rostros que suele adoptar el carisma político.

En definitiva el carisma político es como la escultura de Miguel Ángel: está escondido dentro de un bloque de piedra en el que tendrás que quitar lo que sobra.

Maquiavelo & Freud,

<https://maquiaveloyfreud.com/carisma-politico-metodo-miguel-angel/>

[ver PDF](#)

[Copied to clipboard](#)